

El método tiene por procedimientos auxiliares la adivinación y la conjetura; la novela y el libelo, la teoría de la impostura y de la demencia. Pero tiene por *criterium* la negación indiscutible de la posibilidad y de la esencia de lo sobrenatural: el ateísmo. Este es el crisol en que se vuelve legendaria la historia mas verídica, y en que el Cristo que adoran los ángeles se convierte en el que patrocina M. Renan.

¡La cuestión! No es ya que Jesús sea Dios, sino que exista Dios. No es ya saber si debemos volver al paganismo, sino si debemos volver á lo que horrorizaba al mismo paganismo.

Demostremos que debemos volver al Dios del Evangelio, al HIJO DE DIOS VIVO.¹

¹ MM. Renan y Havet se dan la mano con M. Proudhon, en su libro de la *Justicia en la revolución y en la Iglesia*. Este libro, en efecto, gira sobre la eliminación de Dios, bajo el nombre de *absoluto*, de la conciencia humana, así como la *Vida de Jesús* gira sobre la eliminación de lo *sobrenatural*. Esto es lo que Proudhon llama la *Doctrina de la revolución*. No es decir que la revolución sea atea, según defiende Proudhon, diciendo: "La revolución no es atea, es *anti-theista*," no niega lo *absoluto*, lo espulsa, quiere librar de él á la Francia. M. Renan y M. Havet avanzan mas que M. Proudhon; para ellos, lo sobrenatural, lo absoluto *no es nada*, no debe tenerse en cuenta para *nada*. No hay que eliminar á Dios, haciéndole la guerra; no existe, ó mejor, es la misma humanidad. Esto es mucho mas sencillo: "Lo absoluto de la justicia y de la razón solo se manifiesta en la humanidad. Considerado fuera de la humanidad este absoluto, es solo una abstracción; mirado en la humanidad, es una realidad. *Lo infinito solo existe cuando se reviste de una forma finita.*" (Artículo de M. Renan sobre la *metafísica* de M. Vacherot.)

CAPÍTULO V.

JESUCRISTO ES DIOS.

(DEMOSTRACION PRELIMINAR SACADA DE LO QUE PRECEDE.)

Esta obra no debe ser, según nuestro propósito, una simple polémica: no debemos limitarnos en ella á refutar únicamente la obra de M. Renan, de suerte que produzca tan solo el efecto de quedar borrado un libro por otro libro, el cual quede tambien eclipsado conseguido aquel objeto.

Queremos dar á nuestra obra un efecto duradero y que sobreviva; y por tanto, concluyente y afirmativo. Refutando la obra de M. Renan sobre la *Vida de Jesús*, queremos destruirla al mismo tiempo que conservarla; rechazarla y servirnos de ella; impedir que dañe y hacer que sirva á nuestra fe.

Ya en el capítulo segundo, en que hemos presentado en todo su valor la importancia de la cuestión, y en el capítulo tercero, en que hemos espuesto nuestro método, hemos preparado este trabajo de polémica en nuestra obra, ya en capítulos distintos, ya en el mismo capítulo.

Ahora, despues de haber consagrado á la polémica gran parte del capítulo anterior, debemos en el presente deducir y desprender de ella nuestras primeras afirmaciones.

Serán cortas, pero sencillas y sólidas, porque son las afirmaciones del buen sentido.

Jesucristo es Dios, decimos; esto resulta ya de la cuestión propuesta y del método que se emplea para negarlo.

He aquí cómo resulta de la cuestión.

I.

Quiero conceder que sea esta una cuestión, lo cual es una verdadera concesión si se considera seria é imparcialmente el fondo de las cosas; porque, en fin, todas las grandes intelligen-

cias de buena fe han abrazado la afirmativa, y la parte mas ilustrada del género humano marcha hace diez y ocho siglos por la verdadera civilizacion sobre esta afirmativa, creida, profesada y practicada hasta la adhesion y el sacrificio. Nuestros adversarios, y especialmente M. Renan, vienen á convenir en esto con nosotros, y agotan todas las palabras de admiracion y de entusiasmo en homenaje á esta verdad. Todo lo que dicen para preconizar la influencia moral y social de Jesús en el mundo, ha tenido efecto solamente por la fe en su divinidad; fe que ellos repudian, pero que siempre ha sido la condicion de esta influencia. La afirmativa de la cuestion tiene pues á su favor el voto del mundo y de la humanidad. En cuanto á la negativa, no sé si ha atraído muchos partidarios, porque no considero como tales á los que dudan; y la *duda*, segun M. Scherer, respecto de esta cuestion, es *la forma suprema de la ciencia*.

En tales condiciones, entre una afirmacion y la duda, tengo derecho para decir que es una concesion presentar la cuestion seriamente; en testimonio de lo cual solo citaré el efecto general que ha producido en la masa del público el libro de M. Renan, considerándolo como una temeridad y una paradoja, y todas las protestas manifiestas ó secretas que ha suscitado.

Pero en fin, concediendo que sea una cuestion formal la divinidad de JESUCRISTO,¹ por el solo hecho de poder serlo, esta cuestion se resuelve afirmativamente por el buen sentido; ella implica su afirmativa.

La implica bajo dos puntos de vista con relacion á JESUCRISTO y con relacion á nosotros.

Y en primer lugar, se concibe muy bien lo que significa con respecto á un ser el poder ser formalmente objeto de tal cuestion: el suscitarse ésta y sostenerse desde hace diez y ocho siglos; el poder mantener seriamente á la humanidad en suspenso sobre si es ó no realmente Dios.

Segun una observacion juiciosísima que se atribuye á Napoleon, al dar sobre esta cuestion un parecer que es digno de su gran ingenio, Jesús es el único que se ha atrevido á decir claramente, no, *yo soy un Dios*; sino lo que es muy diferente, *yo soy Dios*. La historia no menciona á ningun otro individuo que se haya calificado á si mismo con este titulo de Dios en sentido absoluto.

¹ Cuando digo una cuestion, quiero decir, no en sí, mas en hecho, y en el estado de los entendimientos.

Y en efecto en este sentido absoluto, es tan grande la idea que tenemos de Dios, tan abrumadora, tan formidable, es, la distancia que de ella separa al hombre mas eminente, tan insuperable á la imaginacion misma que el medirse con este ideal hasta identificárselo y personificárselo, es el colmo de la locura en cualquier otro sugeto que no sea Jesucristo, y no puede resistir una mirada de la razon. ¿Cómo se concilia esta afirmacion en Jesús solo, entre todos los mortales, con una sabiduría que debería escluirla mas que en otro alguno, si nó la justificara?—¿Cómo pudo ser objeto de cuestion un solo instante en torno de él, como lo vemos en el Evangelio, cuando paseándose Jesús bajo el pórtico de Salomon, le rodearon los judios diciéndole: “¿Hasta cuándo tendrás nuestro espíritu en suspenso?” *¿Quousquam animam nostram tollis?* ¹—¿Cómo, en una nacion en que era tan celoso y tan inviolable el culto de la Divinidad y en que lo fué con respecto al mismo Jesús, hasta el punto de ahogar con el último suplicio su pretension que se juzgaba blasfemadora, cómo volvió á levantarse esta pretension de su aniquilamiento hasta presentarse al punto ante el consejo de los doctores y de los sacerdotes, y á hacerse tolerar allí segun el parecer del mas eminente de ellos: “Cuidado con que al fin, no os encontreis “haber luchado con Dios mismo?” ²—Cómo, partiendo de allí, con la rapidez de la luz y del rayo, fué á presentarse esta cuestion á un tiempo mismo, en todos los grandes centros de la civilizacion griega y romana: en Atenas, en Corinto en Efeso, en Alejandria, en Antioquia y en Roma; y barriendo ante sí todas las repulsiones del entendimiento, de los sentidos, de la política, de la supersticion, y de la naturaleza; ¿cómo prevaleció la solucion que hizo caer el mundo á los piés del HOMBRE DIOS?—¿Cómo, habiendo sido embestida con el encarnizamiento de la rabia, del odio y del interés, por los judios, los filósofos, los sacerdotes y los Césares, se mantuvo y se afirmó á los golpes que se la dirijian? ¿Cómo ha triunfado tantas veces, puesta nuevamente en cuestion por todas las heregias que no han cesado de agitarla durante diez y ocho siglos?—¿Cómo, en la única época, en el único siglo en que se negó abiertamente la divinidad de Jesús, fueron negadas y abismadas con ella y en ella toda religion y toda sociedad?—¿Cómo se han colocado entre los primeros discipulos de esta creencia, de-

¹ San Juan, X, 24.

² Actos, V, 29.

biéndole las mas bellas inspiraciones de ingenio ó de virtud, todos los mas grandes ingenios y héroes de la humanidad?— ¿Cómo, finalmente, en esta hora en que el progreso de las ciencias, de la industria y de la crítica, ha pasado por el tamiz del entendimiento humano todos los errores, todas las ilusiones, todos los abusos, y en que la audacia de la impiedad, acrecentándose con el feliz éxito, *se atreve á atacar al Dios de lo pasado y á mirar cara á cara á Aquel ante quien se han prosternado generaciones enteras de adoradores, ¿cómo no se ha destronado definitivamente á este Dios de lo pasado? ¿Qué digo? ¿Cómo es esta misma impiedad, la primera que se inclina ante Jesús, y que exalta en él al hombre hasta la divinidad, para rehusarle su título legítimo, no pudiendo hacer mas que sustituir la idolatría de Jesús á la verdadera religion de Jesús?*

Es, pues verdad: despues de haber JESUCRISTO presentado y hecho prevalecer en el mundo la afirmacion de que es Dios mismo, ha sostenido y desplegado este título por espacio de diez y ocho siglos, al través de cuantas pruebas puecan imaginarse; y en la hora presente, aun respecto de los que no adoran en él este carácter, lo equilibra lo suficiente para que sea objeto de cuestion, y para que esta no pueda resolverse contra él sino á costa de Dios mismo.

No: "No hay Dios en el cielo, si un hombre ha podido concebir y ejecutar con tan buen éxito el proyecto gigantesco de "atraer á sí el culto supremo, usurpando el nombre de Dios."

Pero, ¿qué es esto, si observamos que este nombre de Dios, este carácter, este ideal de divinidad tan elevado, tan abrumador, tan formidable, no solamente lo equilibra y lo sostiene Jesús, sino que es el autor de su nocion en el mundo?

Y como dice muy bien M. Renan, en su lenguaje.

"El principio de toda su fuerza, fué, en cierto modo, una elevada nocion de la divinidad que no debió al judaismo, y que "parece haber sido enteramente *la creacion de su grande alma.*"²

Antes de Jesús solo era conocido Dios en la Judea. En las demás partes, solo era un fantasma, obra variable de todos los delirios filosóficos del entendimiento humano, que solo se elevaba sobre la idolatría para desvanecerse en el escepticismo y en el ateísmo. En la misma Judea, en que se habia mantenido mi-

1 Juicio de Napoleon sobre JESUS.

2 *Vida de Jesús*, p. 74.

lagrosamente la nocion de unidad de su potestad creadora y de su providencia, estaba restringido su culto á solo el templo de Jerusalén, limitado en su principal sancion á los beneficios de la tierra y envuelto en sombras y figuras. Era, sobre todo local y sin virtud de expansion en el mundo.

Solo Jesucristo reveló á Dios á los hombres, con todos los misterios y todos los atributos de su ser: su Trinidad, su paternidad, su santidad, su poderio, su sabiduria, su justicia, su misericordia y la conciliacion maravillosa de todos estos atributos aplicados á la salvacion del mundo en la encarnacion de su Verbo y la redencion del género humano. El conjunto de toda esta revelacion es lo que constituye esta sublime nocion que tenemos de Dios, aun fuera de la fe en los misterios de donde ella emana, y sin la cual, no obstante, se desvanecería esta nocion. Pues bien, Jesús es su autor: él es el fundador del culto de Dios. Mas aún; es su objetivo, si es licito hablar así, soberano; puesto que es en él y por él, Hijo encarnado é inmolado para la salvacion del mundo, por quien es el PADRE conocido, invocado y adorado.

Citando M. Renan aquella gran palabra de Jesús á la Samaritana: "Mujer, creeme; ha llegado la hora en que no se "adorará ya en esta montaña ni en Jerusalem, sino donde adoren los verdaderos creyentes al PADRE en espíritu y en verdad," no puede menos de decir: "El dia en que pronunció "Jesús estas palabras, fué verdaderamente Hijo de Dios. Dijo "por vez primera la palabra en que descansara la religion "eterna."¹

No sé si por haber hecho lo que dijo, realizando la nocion y el culto de Dios verdadero en el mundo, dejó de ser Jesús Hijo de Dios; pero lo que quiero decir únicamente aquí es, que la consecuencia que sacamos ya en favor de esta verdad de la única cuestion, de la única suposicion formal de que fuera Jesús Dios, se fortifica sumamente con la consideracion de que el mismo Jesús es el autor de esta nocion sublime de Dios, término de la ecuacion constitutiva del problema.

Si se la debemos, en efecto, ¿cómo disputársela? ¿no justifica por esto mismo su atribucion? ¿no es adecuada á su propia revelacion? ¿quién si nó Dios puede revelar á Dios? "Nadie conoce al PADRE sino es el Hijo,"² dijo el mismo Jesús.

1 *Vida de Jesús*, p. 234.

2 San Mateo, XI, 27.

Mas aún refiriéndose este ideal de Dios á la atribucion que de él se hizo Jesus como Hijo, por quien y en quien se reveló así el Padre, no hay ecuacion que establecer; esta nocion de Dios es inherente á Jesus; es su sugeto revelador é irradiador en el mundo; y atribuyéndosela, no hacemos mas que referirla, no solamente á su autor, sino á su foco y á su esencia.¹ Y en su consecuencia, Jesus tanto es Dios, cuanto que esta concepcion de Dios, está en Jesus, es Jesus mismo; y así pudo decir muy bien: "el Padre está en mí y yo en el Padre;"² y mas aún: "Yo y el Padre somos una misma cosa."³

En una palabra, la nocion de Dios por la cual graduamos á Jesus, nos viene de él, está adherida á él, es él mismo. Es preciso, atribuírsela si no se la repudia, y M. Renan viene á confirmar esta consecuencia por medio de su método.

No es esto hablar teológicamente, nótese bien; ni aun es hablar filosóficamente; es referir historia; la historia, el génesis de la nocion de Dios en el mundo, considerada en su relacion con JESUCRISTO.

Hé aquí lo que contiene y á dónde conduce la simple cuestion empeñada sobre la divinidad de JESUCRISTO, considerada con relacion al mismo.

Considerémosla ahora con relacion á nosotros.

La nocion de Dios, tal como la reveló al mundo el mismo JESUCRISTO, y tal como se personifica en él, es, por su santidad y por las condiciones de salvacion que nos impone, una verdadera declaracion de guerra á la naturaleza humana corrompida á quien viene á curar. La palabra de Jesus es: "aquella espada acerada y de dos filos," que el apóstol de las visiones "vió salir de su boca."⁴ "No penseis que vine á traer paz á la tierra," dice el mismo; "no vine á traer paz sino guerra. Porque vine á separar al hijo de su padre y á la hija de su madre.... "Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá, y el que perdiere su vida por causa mia, la hallará."⁵

Este lenguaje, que tan divinamente se armoniza con aquel en que habla Jesus de la dulzura y de la suavidad de su yugo, no lo ha comprendido M. Renan, porque no le ha tomado el

1 Digo el foco, como se dice el sol por su rayo.

2 San Juan, X, 38.

3 San Juan, X, 30.

4 Apocal., I, 16.

5 San Mateo, X, 34—39.

gusto. Así como en este lenguaje solo ha visto al "sutil y afable moralista de los primeros tiempos," así en aquel, solo ha percibido "al gigante sombrío á quien una especie de presentimiento grandioso lanzaba fuera de la humanidad, devorando "la vida en su raiz, y reduciéndolo todo á un horrible desierto."¹

Esta impresion de M. Renan es la de la naturaleza humana, tal como se ofrece en Jesus. Hacerse reconocer y aceptar por esta naturaleza, hacerla volver de los *Misterios de Adonis* á los del *Crucificado*; hacerse adorar y amar por ella, Dios en la Cruz, revelar la Divinidad solo produciéndola bajo el aspecto mas saludable, pero el mas horrible para el mundo, *escándalo al judío, locura al gentil*, era, fuerza es confesarlo, además de la gigantesca empresa de hacerse adorar como el Dios único con exclusion de todos los dioses, un designio sobrehumano, tanto por su santidad como con respecto al poder, segun vino á justificar su ejecucion.

Por la santidad, cuyo signo venia á ser la Cruz, debía este proyecto sublevar todas las rebeliones de la naturaleza humana, las cuales debía dominar el poder; pero especialmente y cosa admirable! sin violentar esta naturaleza noble hasta en su corrupcion, respetando y experimentando su libertad.

Con estas condiciones debía ser *puesto* el adorable autor de esta maravilla, JESUCRISTO, como *blanco á la contradiccion* de los hombres, para su ruina ó su resurreccion por medio de la prueba.

Segun lo espuesto, el ponerse en cuestion la divinidad de JESUCRISTO prueba hasta lo sumo esta divinidad: esto la implica.

Porque, en efecto, ¿qué prueba mejor de que habia en Jesus una potestad verdaderamente divina, que contrapesar toda la naturaleza humana sublevada por el horror de su Cruz, como acabamos de ver que contrapesaba todo el ideal de la naturaleza divina? ¿Cómo pudo sostener mano á mano esta guerra que vino á declarar al mundo para salvarlo? ¿Se pone en cuestion su divinidad! Pero esto es lo que constituye su carácter, lo que forma su evidencia: la rebelion de la naturaleza humana suscitada contra él incesantemente, sin poder jamás prevalecer contra su Cruz que domina todas sus sublevaciones. Está en cuestion, como la roca sacudida por las olas. Este estado de JESUCRISTO prueba doblemente su divinidad; como testimonio de

1 *Vida de Jesus*, p. 312.

su santidad que suscita, y como testimonio de su potestad que domina, todas las rebeliones del mal.

Hé aquí lo que resulta de la cuestion propuesta.

II.

En cuanto al método de la impiedad para resolver negativamente esta cuestion, no prueba ni implica menos la afirmativa.

Si no fuera Jesús, Dios, si solo fuese hombre; y su obra un hecho humano, nada debería ser mas fácil de probar. Concibo que sea difícil hasta lo imposible probar que un hombre sea Dios; pero debería ser sumamente fácil probar que un hombre es hombre. ¿Quién ha empleado seriamente tiempo alguno, no digo entre nosotros, pueblos ilustrados, sino aun entre los pueblos que obedecieron á las supersticiones, para demostrar que no eran verdaderos dioses Mercurio, Apolo y Baco? Jamás se ha suscitado controversia alguna sobre esto. Alejandro se llamó hijo de Júpiter; pero toda la Grecia se rió de esta superchería, y asimismo jamás fué cosa seria para los romanos la apoteosis de los emperadores romanos. Mahoma solo se presentó como un simple instrumento ó agente de la Divinidad, y no presentando otra prueba que el sable, sin que le hiciera el honor de discutir sobre ello, jamás pluma alguna.

¿Cómo es para nosotros la divinidad de Jesucristo una cosa, no solamente tan seria sino tan insuperable? Porque hace ya mil ochocientos años que se trabaja para destruirla. ¡Cuántas plumas no se han gastado desde Celso hasta Strauss, cuántos volúmenes se han acumulado, cuántos trabajos se han emprendido, se han hecho, desecho y vuelto á hacer; cuántas armas se han renovado, cuyos trozos han caido al pié de este yunque que ha quebrado todos los martillos, y donde yacen confundidos con una celebridad peor que el olvido, todos los temerarios agresores de esta divinidad invencible!

Al fin, viene M. Renan. Toda soberanía va á postrarse ante su crítica; vá á atacar al Dios de lo pasado, y á mirar cara á cara á Aquel ante quien se han inclinado generaciones de adoradores. Oigámosle.

En tamaño esfuerzo, debe permitirse una parte de adivinacion y de conjetura. Y aun segun M. Scherer, *una gran parte; y de adivinacion novelesca y de conjetura errónea:* en lugar del análisis de los testimonios, de la apreciacion de las pruebas, y de informaciones auténticas que seria el partido mas

digno que pudiera tomarse, pero que tiene el inconveniente de ser imposible.

¡Qué confesion! ¡qué homenaje!

Pero aun hay mas. *En tamaño esfuerzo*, deben suspenderse las leyes eternas del sentido moral y del sentido comun: mas aun; deben destruirse. *Es imposible la empresa si no se admite en voz muy alta que la sinceridad tiene muchas medidas, etc., y si segun las limitadas ideas que se han divulgado sobre la locura, se considera como no sano á quien dice cosas de que no tiene conciencia ó que no sabe fijamente y en que se produce el pensamiento sin que le llame y regule la voluntad.*—*Toda la critica se falsea si se parte del principio que todo personaje histórico á quien se atribuyen actos que tenemos por insensatos ó de charlatanismo, ha sido un charlatan ó un loco.*—Todo esto es preciso conceder al crítico para que pueda salir adelante con su empresa contra Jesucristo.

¡Qué confesion mas paladina, qué prueba mas manifiesta de que se apoya la divinidad de Jesucristo en los fundamentos de la razon y de la conciencia, el no poder atacarla sin destruir tambien estos fundamentos de toda crítica, de toda certidumbre, de toda conviccion. ¿Nunca fueron nuestros apologeticos tan concluyentes ni tan probativos?

Pero no es esto aun todo. Para poder contradecir ventajosamente las obras sobrenaturales por las que manifestó Jesucristo su divinidad, y los testimonios históricos que las refieren, es preciso presuponer que son siempre imposibles tales obras y falsos tales testimonios. Y es preciso partir de esta presuposicion como de un principio que no puede discutirse. Con esta sola condicion se tendrá razon contra los milagros de Jesús y los Evangelios. Es decir, con la condicion de negarlos simplemente sin prueba, contra toda prueba; de partir de lo desconocido á lo conocido, y de erigir en solucion lo que está en cuestion. Con la condicion, sobre todo, de no tolerar la discusion del gran punto de partida de esta nueva dialéctica, la imposibilidad de lo sobrenatural, y la idea de Lucrecio sobre que todo se verifica en el mundo por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores: el ateismo.

Así: ¡gloria á nuestra fe! ¡confirmacion la mas patente que haya recibido jamás! Hállanse Dios y Jesús de tal suerte ligados juntamente uno á otro en entendimiento, y en la verdad, que para negar que Jesús sea Dios, es preciso suprimir á Dios; es preciso atacarle en Jesús como en sí mismo. Es forzoso ata-

car al Hijo en el PADRE, y al PADRE en el Hijo; tan cierta es, según la táctica curiosa del error, esta gran palabra ya citada de JESUS:—"El PADRE está en mí y yo en el PADRE; yo y el PADRE somos una misma cosa."

Jesucristo es, pues, Dios, si es que hay un Dios; puesto que el único principio de donde se hace derivar su negación es la de Dios mismo. No hay, pues, lugar para el deísmo entre la fe en Jesucristo y la fe en Dios; hasta tal punto se penetran y se confunden estos dos objetos de la fe, no digo en el culto de los creyentes, sino en la guerra de los impíos.

"¿Creeis en Dios?—Dice M. Proudhon,—si la afirmativa, "sois cristiano, católico... si la negativa, atreveis á decirlo; "porque entonces, declararais la guerra, no solamente á la Iglesia, sino á la fe del género humano. Entre estas dos alternativas, sólo hay lugar para la ignorancia ó la mala fe."

"Jamás hubiera contradicho la autoridad de la Iglesia, si yo admitiera lo sobrenatural; antes me hubiera postrado ante una fe tan antigua, fruto de la elaboración mas sabia y mas prolongada de que ha dado ejemplo el ingenio humano."

"¡Oh! ¡el Cristianismo es sublime, sublime en la magestad de su dogma y en el enlace de sus deducciones! Jamás se concibió ni organizó entre los hombres pensamiento mas elevado, ni sistema mas vasto. Y yo juro aqui, que si llega la Iglesia á destruir la tésis (antítesis) que yo le opongo, abjuro mi filosofía y mi credo en sus brazos."

"Si reconocéis un Ser Supremo, ¡de rodillas ante el Crucificado!"

Admitido Dios, es preciso proclamar que JESUCRISTO es Dios; que el cristianismo es la religion verdadera, que el catolicismo es su foco conservador. No hay otra razon para no ser verdaderamente católico que ser ateo, que eliminar lo sobrenatural, lo absoluto, Dios; así como no hay otro medio práctico de negar á Dios que negar á JESUS, á CRISTO, á DIOS con nosotros.

Esta es la empresa de nuestros nuevos Titanes que escalan el cielo y la conciencia humana para arrancar de él á Dios; amontonando la negación de JESUCRISTO sobre la de Dios, y la

1 De la justicia en la Revolución y en la Iglesia, t. I, p. 33.

2 Ibid., t. I, p. 33.

3 Ibid., p. 164.

4 Ibid., t. II, p. 237.

de Dios sobre la de JESUCRISTO, y solo consiguen con estas dos reciprocas negaciones, afirmar y confirmar estas dos verdades una con la otra, y rodar al peso de sus propios argumentos.

JESUCRISTO no es solamente Dios para los que creen en Dios, sino que prueba que lo es, aun respecto de los mismos que no creen en él.

Esto es lo que vamos á ver por medio de M. Renan en los capitulos siguientes.